

## BIENVENIDA A LOS QUE SE ALEJAN

*Mensaje de Victoria Espinosa en los actos de graduación de la Escuela de Artes Plásticas del Instituto de Cultura Puertorriqueña, el 5 de junio de 1981, estando presente la directora de esa institución, Dra. Leticia del Rosario. Es en parte, contestación al artículo de la Dra. Del Rosario, LAS VACAS SAGRADAS, publicado en El Nuevo Día, el 29 de mayo de 1981.*

Estas serán unas breves palabras y no un acostumbrado discurso de graduación. No tengo la habilidad para la oratoria.

Antes de proseguir quiero recordar, el incidente de hace unos años, cuando aún nuestra escuela estaba radicada en las anteriores facilidades de Bacardí en Puerta de Tierra, hoy el Archivo General de Puerto Rico. En aquel entonces, falté a mi compromiso de dirigirme a los graduandos debido a una lamentable confusión de horas. Me siento en deuda con aquellos alumnos de entonces, hoy artistas profesionales puertorriqueños. Estas palabras, aunque tardías, van también dirigidas a ellos.

Y estas palabras que tal vez suenen a disonancia, no pueden ser palabras de alegría, ni tienen la euforia acostumbrada en estas ceremonias. No. No pueden serlo; me lo impide mi actual estado de ánimo. Mis palabras de hoy no son las de una despedida feliz, como lo ameritaría una ocasión como la que estamos celebrando, sino más bien son las palabras de una despedida triste, al mundo de la competencia desleal, al consumerismo desmedido, a la politiquería, al desempleo crónico, al abuso del poder, al crimen, al tráfico de drogas, al mantengo (léase cupones), al mundo atormentado, en fin, al mundo en crisis de Puerto Rico. Y para ayudarles a pasar por esa transición de jóvenes estudiantes al mundo desconocido de los adultos, he buscado apoyo de uno de nuestros mejores dramaturgos: René Marqués.

He seleccionado a Marqués, no sólo porque las artes se corresponden e interrelacionan al reflejar la realidad, sino también porque nadie como René Marqués para sentir carne adentro, el dolor de la puertorriqueñidad. En su ensayo, *La función del escritor puertorriqueño en el momento actual*, que fuera su ponencia en un foro auspiciado por el Ateneo Puertorriqueño en 1962, mensaje que parece ser también dirigido al resto de los artistas puertorriqueños, dijo y cito:

*“¿A qué ente le debe primordial lealtad este ciudadano cuya función es crear literatura? Para escándalo de muchos me permito afirmar que, como escritor propiamente dicho, no le debe lealtad a nadie, excepto a sí mismo y no hago esta afirmación, aparentemente antisocial, por pueril deseo de provocar escándalo, sino por convencimiento firme de que ello es así y no del modo que muchos quisieran.”*

Categorícamente, prosigue:

*“... El político y el religioso, entre otros, aseguran siempre poseer la verdad absoluta. Pero para el escritor no hay verdades absolutas. Apenas aprende lo que cree, como escritor, ser la verdad, cuando descubre que es sólo una ilusión de la verdad.”*

*“... Para el escritor jamás ha de haber verdades absolutas si quiere llenar honradamente y cabalmente, su función no sólo estética, sino también social. Siempre habrá para él una realidad que examinar, unas contradicciones que descubrir, unos problemas que denunciar, una verdad más profunda que aprender. Sobre esta realidad es que deseo precaver al escritor puertorriqueño de hoy y de mañana.”*

En otras palabras: el artista sí está comprometido con su tiempo, pero desde sí mismo. Porque no importa la decisión final que Puerto Rico tome sobre su destino como pueblo, ya sea como estado norteamericano o como república, el artista puertorriqueño deberá ser el intérprete inquisidor de esa realidad, ya que según René Marqués, es un hecho que todo artista vive unos compases más adelante de su tiempo, en proyección y perspectiva hacia el futuro, en incansable

búsqueda de la verdad absoluta. Dotado extrasensorialmente, presente, intuye lo que el hombre común no ve.

Porque René Marqués, individualista, tal vez en extremo, abate el orden establecido sin importarle los resultados como en *Los justos* de Camus. Pero si pierde la realidad histórica, es capaz de tomar ideas diferentes. Igual que Camus cree en el derecho a la libertad individual. Para Carlos Solórzano la determinación del individuo, así como la del artista, no trata de conciliar nada. Por eso puede asumir una posición de izquierda o de derecha, y cuando es necesario una de centro. La libertad interior acondiciona la historia así como ésta, la determina en actitudes aparentemente irreconciliables. Es el sagrado derecho de contradecirse que en Unamuno es factor inalienable del hombre. Ante esta aparente incongruencia, que no es otra cosa que la armonía de los contrarios, un pueblo sale ganando.

René Marqués señala en otro de sus ensayos, *Pesimismo literario y optimista político : su coexistencia en el Puerto Rico actual* en 1958, que ya antes, "el hombre de la década del 40, así como los intelectuales, habían caído en la trampa, al tratar ilusoriamente de resolver la situación económica del país, antes que la soberanía nacional. Fue así como se llegó a la crisis actual: la inescapable dependencia económica de la Metrópolis."

Y ahora estamos constantemente acosados por los mezquinos y castrantes vaivenes políticos a que cada cuatro años nos somete el sistema colonial que creíamos se había ya superado. En esa forma se ha convertido en una condición crónica, nuestra inestabilidad social, económica, educativa y cultural.

La circunstancia puertorriqueña ha sido y sigue siendo muy especial, no sólo para el pueblo, sino también para sus artistas. Vemos cómo en nuestra prehistoria, al artista taíno reflejó su realidad ante el ataque invasor de caribes y españoles. Y luego durante el coloniaje español, el artista puertorriqueño recogió en su arte, los duros golpes de ese momento. Y ante la invasión y permanencia norteamericana en su suelo, ante la constante invasión de exilados, nuestros artistas no han hecho otra cosa que reflejar la realidad histórica de su tiempo. Pero nada debe sorprendernos porque eso es exactamente lo que han hecho y siguen haciendo sus coetáneos en todas partes del mundo. Puerto Rico es un pueblo asimilado que lucha por dejar de serlo y para dejar de serlo y realizarse como tal, ha tenido muy recientemente que empezar a buscarse en las raíces.

Como la historia ha probado que un pueblo se realiza por medio de la educación, por medio de las artes, por su cultura en fin, se creó en 1955, tal vez como un alivio de conciencia, el Instituto de Cultura Puertorriqueña. Para ese entonces, hace ya 26 años, los oponentes al proyecto, no creían que existiera tal cultura, a la que llamaban alguno de ellos. "*La cultura del bacalaíto*". Pero lo que pareció tardío creció y creció y probó que sí había una cultura puertorriqueña.

Hace unos meses, ante la situación surgida por los proyectos de ley sobre la Bellas Artes en Puerto Rico, a esa cultura se le ha vilipendiado aún más al llamársele "*cultura de la dita*". Recientemente, en un epíteto más, al artista puertorriqueño se le ha llamado "*vaca sagrada de la cultura*". Entendemos: claro que entendemos el por qué

de esa afirmación. Pero como artista, sabemos como cualquier artista del mundo, que no se puede ser universal, sin antes ser nacional.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se decía y se daba por hecho, que el nacionalismo sería obsoleto a partir de entonces. Pero el tiempo demostró lo contrario: paradójicamente es en las diferencias que se acercan las naciones, porque se parte de lo particular a lo universal. Sino, díganlo por mí, el arte español, al arte japonés, el inglés, el norteamericano, el alemán, por nombrar algunos. Y a nuestros artistas precisamente por ser puertorriqueños se les ha reconocido ya internacionalmente.

A propósito de esto, acabo de regresar de Canadá, donde participé en el Primer Congreso de Teatro Latinoamericano, celebrado en la Universidad de Alberta en Edmonton. Allí participaron exponentes de diferentes partes como de Argentina, Chile, Guatemala, Hawaii, Dinamarca, París y Estados Unidos, etc. En ese Congreso se dedicó toda una mañana, específicamente al jueves 21 de mayo al teatro puertorriqueño, cosa que no ocurrió con los demás países latinoamericanos. Presentaron ponencias en esa ocasión de Puerto Rico: Dean Zayas, Angelina Morfi y Victoria Espinosa; de Hawaii: Matías Montes Huidobro y de Estados Unidos: Gloria Waldman. Nuestro Luis Rafael Sánchez, que fue uno de los tres invitados especiales al Congreso, junto a los dramaturgos Egon Wolf de Chile y Víctor Hugo Cruz de Guatemala, participó con ellos en la Mesa Redonda de Dramaturgos Hispanoamericanos, frente a directores también hispanoamericanos, como el mexicano Francisco Beverido Duhalt de la Universidad Veracruzana y los puertorriqueños, Dean

Zayas y Victoria Espinosa de la Universidad de Puerto Rico. Valga al inciso aclaratorio en cuanto al reconocimiento internacional.

Jamas el artista puertorriqueño ha sido una "elite", ni mucho menos "vaca sagrada". Porque desde el comienzo de nuestra historia y desde el tuétano de nuestros huesos, hemos vivido al compás de los tiempos y en eterno contacto con nuestro devenir histórico. Prueban esto los muchos trabajos bibliográficos y de tesis, comunicados de prensa y la experiencia vital con cada rincón isleño. Y si abandonando las corrientes costumbristas tradicionales, apuntamos hacia los otros estilos pintando en abstracto (no "embarrando lienzos"); y si utilizamos vocabulario recio y fuerte (no "soez o vulgar"); lo hacemos a la par con todas las corrientes estéticas e internacionales, como reflejo del mundo agonizante en que vivimos. Y el no reconocerlo así es estar aún inmersos en la moralizante época victoriana, inoperante ya en nuestros días.

No deben ser motivo de alarma pues, los ataques gratuitos a nuestra cultura. Ningún pueblo, pueblo, tiene que cuestionarse su cultura. Esta es parte de su idiosincracia, de su lengua y de su esencia como nación. El no tenerla significaría la muerte. Por lo tanto, el "*bacalaíto*" y la "*dita*" junto con todas las muchísimas otras manifestaciones de nuestro pueblo, han dado prueba de esa cultura. Y de ésta, la medida justa, el proceso vital, lo recoge irreversiblemente la historia.

No se tema tampoco a la censura artística. En esta colonia no puede haber censura porque en la Metrópolis a la cual pertenecemos, no la hay oficialmente. Y no habiéndola allí, irónicamente,

constitucionalmente, tampoco aquí podría haberla. Por lo tanto, la libertad artística que allí impera, cobijaría también la nuestra.

No temamos tampoco despejarnos de ese complejo de inferioridad que nos caracteriza. Ya somos mayores de edad y no podemos evaluarnos en una positiva reestructuración. Porque a pesar de las influencias extranjeras, nuestra cultura la hemos hecho con nosotros. Pero todavía la jalda sigue tenebrosamente empinada. La espada de Damocles que continúa cerniéndose sobre nuestras perspectivas y esperanzas, apunta hacia una interrogante: "¿Hasta dónde el hombre sin libertad puede ser responsable?"

Pues sí, por nuestra condición especial dentro del consorcio hispanoamericano y como una excepción a la regla, sí se puede ser responsable y no ser libre; a pesar y precisamente por ello. Porque nuestra cultura, vista así a vuelo de pájaro, nos ha dado, para bien o para mal, la tónica de nuestra circunstancia histórica y nuestra razón de ser. Culpables o no, hemos llegado a la encrucijada de hoy. Aceptemos lo que somos, por lo que fuimos; porque sin el ayer, no puede existir un hoy; como sin nosotros, difícilmente existiría el mañana. Es muy fácil convertir a otros en culpables de nuestro síndrome... Rescatémosle de adentro hacia afuera... Pero desde adentro...dentro.

Según Carlos Solórzano; la literatura puertorriqueña (podría leerse, arte puertorriqueño), es una literatura de ausencias, más que de enajenación. El estar ajeno al propio ser tiene dos características: el renunciar, que puede ser madurez hacia algo positivo, o desgarrarse en la ambivalencia propia de lo hispánico, por ende de lo

puertorriqueño. Ausencias de búsquedas interrogantes en constante partir sin llegada. Y el puertorriqueño vive constantemente en un éxodo bíblico en espera del Reino, en un ir y venir sin encontrarse.

Y ese Reino no vendrá nunca, a menos que el artista puertorriqueño tome el puesto que le corresponde en la conformación de su pueblo. Asexual y amoral, para no juzgar ni condenar la vida que interpreta. Ni juez ni fiscal; sólo intérprete creador y militante. Militante para luchar hombro con hombro y romper amarras. Las amarras del síndrome puertorriqueño las amarras negativas y atávicas que corren en nuestra sensibilidad, nuestra esencia.

Y ya es hora, jóvenes graduandos, que comprendan también, que si el País demande de ustedes, el voto ciudadano, ya dejan de ser ustedes, "ciudadanos del Mañana", como en un eufemismo más, ese mismo País suele llamarles. No, "ciudadanos del mañana", no; ciudadanos de Hoy, con las prerrogativas, los derechos y las responsabilidades.

Y observándoles a todos y a cada uno de ustedes, me pregunto si el entretenimiento técnico y estético que ustedes han recibido de la Escuela de Artes Plásticas del Instituto de Cultura Puertorriqueña, les convierte por sí en artistas. No lo creo. "El artista nace, no se hace", dice el adagio popular. Pero si en cada uno de ustedes puede existir la chispa y la angustia de la creación; si como Federico García Lorca, son capaces de decir, comulgar y sentir, enunciando un, "Vamos a no llegar, pero vamos a ir"; si en ese camino sin llegada, son capaces ustedes de comprender con diafanidad la problemática puertorriqueña,



y pueden aún más, plasmarla en el gran lienzo de la imaginación, entonces sí, puede haber un artista en cada uno de ustedes.

Si es así, les invito ya gozosa, a hacerse cargo de esa gran responsabilidad. ¡Jóvenes artistas puertorriqueños: bienvenidos a la vida, bienvenidos al dolor, bienvenidos a Puerto Rico!

*17 de agosto de 1981*

*Esta bienvenida a la vida, se convierte ahora en mi despedida... de la Escuela de Artes Plásticas. Desde lejos seguiré defendiendo, como siempre, lo nuestro con dignidad y altura. Fuera de todo partidismo político, como lo han probado por años mis ejecutorias culturales, pongo desinteresadamente esa experiencia vital al servicio de todos. Hasta siempre,  
Victoria Espinosa*